

Los primitivistas colombianos

Escribe: JORGE MORENO CLAVIJO

Existe dentro de la pintura colombiana un género que solamente ha venido a tomarse en cuenta en estos últimos tiempos. Me refiero al primitivismo, cultivado con acierto por varios artistas de indudable talento. La balumba de modismos y despistes que azotó por más de una década la plástica nacional, hizo que nuestros pintores sinceros, llamémoslos así, se refugiaron en su propia satisfacción y no salieran a flote so pena de ser llamados retardatarios, mediocres y otras bellezas por el estilo. Lo que no fuera abstracto no contaba para nada y menos aún lo que hiciera referencia, así fuera leve, a lo telúrico. Dentro del no figurativismo, es cierto, surgieron y se mantienen nombres de gran valía, al paso que otros, con ansia de popularidad pero sin mucho bagaje, se hundieron definitivamente.

Son varias las muestras de obras primitivistas que se han llevado a cabo durante los últimos meses y parece que el interés de coleccionistas y público en general tiende a simpatizar en gran medida con esta clase de trabajos. Son dos los factores que ayudan a este resul-

tado. Primero el cansancio producido por todos los "ismos" y segundo el nacionalismo que se despierta al contacto de esos monos que retratan, en su esencia más pura, la tierra y el hombre de Colombia.

No es, ciertamente, muy larga la lista de tales pintores: Noé León, Sofía Urrutia, Elena Saravia de Coronado, Edison Lara y Antonio Samudio. Cinco nombres apenas con una producción no muy abundante si se relaciona con la ofrecida por los pintores que cultivan otras tendencias. Muy de tarde en tarde se abre una exposición con número considerable de obras.

De los nombrados, apenas Elena Saravia de Coronado cultiva la acuarela como medio expresivo, siguiendo un tanto en su trabajo los lineamientos de Alfonso Ramírez Fajardo, uno de nuestros primeros y mejores primitivistas a quien no incluí en la nómina porque hace muchos años dejó los pinceles y apenas quedó como recuerdo de su labor un escaso número de cartones que cuelgan en nuestro Museo

Nacional y en algunas colecciones particulares. Ramírez, de continuar en su quehacer, hubiera dado mucho de sí, porque sus mercados, asunto preferido, fueron famosos en su tiempo. Elena Saravia, quien vive y trabaja en París, hizo de memoria las hojas que recientemente se presentaron en la galería "Arte Moderno". En la capital francesa, haciendo gala de una formidable memoria visual, pudo detallar una a una las mil cosas que llamaron su atención en nuestros pueblos y en los campos que los circundan. Realizó una verdadera serie de costumbres, llegando en algunos aspectos casi al contacto con dibujos de la comisión corográfica. Más que en los exteriores, es en la descripción minuciosa de los interiores, como el del templo pueblerino, con sus santos de palo y vitelas casi reproducidas al milímetro, donde mejor brillan las cualidades de la artista, atenta también, hasta donde ello es posible, al movimiento de sus figuras.

Sofía Urrutia, en sus óleos de gran limpieza, ha logrado un notable sentido de la composición, del equilibrio, sin caer en la fórmula, lo que indica el talento que ha sabido desplegar la pintora en un terreno tan peligroso.

Edison Lara, es, dentro del equipo, el que ha querido lanzar la innovación del relieve. En efecto, además de un buen sentido de las proporciones y el dibujo, sin olvidar el detalle, esencia misma del primitivismo, merced a trucos de resecamiento del color, logra efectos visuales muy del agrado de los espectadores.

Antonio Samudio es el primitivista graduado, si así puede llamarse a quien, habiendo recibido

título universitario en pintura, lo que indica su idoneidad en la materia y el dominio que supone de la anatomía, ha preferido hacer sus muñecos de gran profundidad psicológica tras la pétrea máscara y sus escenas de dibujo estudiadamente simple. Yo opino que un esfuerzo de esta clase, lejos de demeritar el resultado, es por el contrario un motivo de aplauso para quien, pudiendo tomar otra línea de menor esfuerzo, pugna por encauzar, y a la verdad con éxito, sus capacidades por un sendero que le ofrece más dificultades que las encontradas por aquel que lo transita sin prevenciones.

Y llegamos a Noé León, el expolicía de Santa Marta, descubierto por el director de artes visuales de la Unión Panamericana y por Alejandro Obregón. El más popular y el más explotado, puesto que sus monos, que se venden como pan, no le redundan el beneficio que sus admiradores suponen. Sus cuadros salen del garaje, en casa de inquilinato barranquillera, donde vive, come, duerme y pinta, con su mujer y con su gato, con destino a los Estados Unidos y a las galerías bogotanas, donde son peleados por los compradores. El dinero se queda en manos de los intermediarios seguramente porque él sigue anhelando una casita, como única gran aspiración de su ya bastante avanzada vida, una casita donde pueda continuar desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde, pintando en cartones pequeños, sus escenas de barrio, con las casas de vivos colores y los letreros que las distinguen. Los parroquianos a la luz del sol y al amparo de las bombillas en las escenas nocturnas. Sus chicos elevando cometas, sus barcos con la ban-

dera colombiana ondeando al viento. Los tigres perdidos en la maraña de la selva pintada hoja por hoja, rama por rama como el aduanero Rousseau en algunas de sus telas. Los perros que deambulan bajo la canícula y los monos que muerden plátanos sentados en una

rama. No cambia mucho sus temas y parece que no está interesado en buscar otros. "No tengo la técnica pero tengo la experiencia" dice. Y esa dedicación frente a su modesto caballete, le permite hacer cada vez con más frescura, mayor candor, sus encantadores muñecos.